



LORES Y LAGRIMAS

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE

DE LA SEÑORA DOÑA

AMELIA REBOLLEDO DE VELASCO



QUITO



Trabajo de Francisco E. Páez
dedicado á su amigo y compañero, Sr. D.
Ricardo Jaramillo.



SEÑORA DOÑA

Amelia Rebolledo Velasco

† el 13 de Julio de 1909.



I

Dedicatoria

y Biografía



DEDICATORIA

Sr. Dn.

Joaquín María Velasco.

Ciudad.

Sr. de mis consideraciones:

Al ofrecer á U. Flores y Lágrimas, en conmemoración del primer aniversario de la muerte de la que fue su señora esposa, no está en mi ánimo el recomendarme; me basta y sobra el que quede constancia, hoy que ya no existe, de ese cariño inmenso que le profesé y el que le profesaré siempre á la que fue Señora Doña Amelia Rebolledo de Velasco, uno de los pocos seres, en mi concepto, virtuoso y de veras santo.



Nadie más que yo debe recordarla y bendecir su nombre, porque á ella se lo debo todo.

Ella, formó mi corazón; élla, vió en mí á su hijo; élla, en fin, dejó un pequeño porvenir á los míos.

Siendo esto así, ¿quién pudo quererla más que yo, ni quién puede llorarla con más justicia? Nadie, señor don Joaquín María, nadie.

*He aquí el motivo porque he formado **Flores y Lágrimas**, compuesto con flores de ajeno jardín y con lágrimas de mi propio corazón; unas y otras se las ofrezco á U. en el primer aniversario de la muerte de la Sra. Dña. **Amelia Rebolledo de Velasco**, la matrona más grandiosa que existió en el mundo para mí.*

Con sentimientos de alta consideración, me suscribo de Ud.

affmo. agradecido y S. S.

Ricardo Jaramillo.

Quito, á 13 de Julio de 1910.



La Señora Doña Amelia Rebolledo de Velasco

MUCHA razón tuvo el que dijo que la muerte, en ciertos casos, no era más que el principio de la inmortalidad y que en la lobreguez del sepulcro principiaba la aurora de un día eterno é inacabable.

En efecto, hay seres á quienes es imposible olvidar en este mundo. En vida, sus méritos y virtudes excepcionales ponen su nombre en los labios de todos, y después de su muerte se aviva más todavía el recuerdo de sus acciones, porque cada día que transcurre se hace más sensible su ausencia, y cuantos les conocieron, á cada desengaño que experimentan en el trato de los hombres, vuelven con más cariño la vista al pasado, y mantienen, con un culto fervoroso, la memoria del muerto querido, del hombre sincero, de la mujer virtuosa y ejemplar.

Esto es lo que ha pasado con la inolvidable y virtuosa matrona quiteña, que se llamó Sra. Dña. Amelia Rebolledo de Velasco, cuyo primer aniversario fúnebre conmemoramos en este día.

Murió, pero hasta ahora no habrá uno solo de los que la quisieron en vida que no recuerde todas y cada una de sus acciones, todas y cada una de sus palabras, como si aun viviera todavía, y si fuera ayer no más cuando se la contemplaba en la sociedad y en el hogar, presidiendo las veladas de familia y las reuniones de etiqueta, con ese encanto

especial que era el reflejo de su alma virtuosa y recta.

Como un débil homenaje de esa eterna gratitud que supo inspirar tan noble matrona, queremos consignar, en estas páginas de dolor, en medio de las *flores* que llevamos á su sepulcro y de las lágrimas que hemos derramado sobre su tumba, los principales hechos de su vida; de su vida que bien puede y debe ser propuesta como un modelo de esposa y de madre, como un ejemplar cristiano y fuerte.

En los primeros meses de 1832 nació en Quito la Sra. Dña. Amelia Rebolledo Velasco. Fueron sus padres el Sr. Francisco Antonio Rebolledo Valencia y la Sra. Antonia Velasco Cobo, ambos de ilustre prosapia y de raras prendas de carácter.

El primero era natural de Colombia contaba entre sus parientes más cercanos á hombres que, por su talento y posición social, habían sido honra de aquella nación, como, por ejemplo, el renombrado poeta y hombre público don Rafael Pombo Rebolledo.

La segunda, también de elevada alcurnia, distinguióse, en su época, por su inteligencia despejada y por sus raras virtudes.

En el hogar formado y dirigido por tan dignos progenitores creció, fortaleciéndose en la práctica del bien, la primogénita de la familia. Su belleza natural, con ser mucha, se eclipsaba ante la hermosura de su alma, y una y otra contribuían á hacer de ella una de las flores de que la ciudad de Quito podía ufanarse, por entonces.

En 1850, cuando apenas contaba 18 años de edad, contrajo matrimonio con el Sr. José María Gómez de la Torre, caballero distinguido y excelente patriota en quien se encontraron acumuladas las cualidades de inteligencia, filantropía é independencia de carácter, que siempre han sido los distintivos de la familia que lleva ese apellido.

No hay para que decir si aquel matrimonio fue feliz; pues, en él se juntaron, de una y otra parte, aquellas cualidades que rara vez se encuentran reunidas y que no consisten, precisamente, en una absoluta identidad de caracteres, sino más bien en cierta íntima compenetración de facultades, en virtud de la cual los cónyuges se completan mutuamente, se integran hasta formar un ser cabal, dotado de prendas que es imposible que se hallen en un solo individuo.

Mas, como toda verdadera dicha es transitoria, muy poco tiempo duró la felicidad de aquel matrimonio. Don José María sucumbió en el terremoto de 1868, en Imbabura, y con él perecieron, igualmente, sus hijos.

Aun su misma esposa, doña Amelia Rebolledo, quedó sepultada bajo los escombros, de donde pudo ser libertada á costa de grandes esfuerzos.

Esta catástrofe produjo en su ánimo una impresión indeleble. Educada cristianamente, su primera y firme resolución, después de aquel tremendo cataclismo, fue la de retirarse de la sociedad y consagrarse, en un monasterio, á la práctica austera de las virtudes cristianas. Aun cuando no le fue posible realizar su principal propósito, con todo, dedicóse de tal manera, á ejercer el bien, en la mejor de sus formas, en la caridad y en la abnegación propias, que, sin exageración de ningún género y sin confusión de términos puede afirmarse que llevó, en adelante, la vida de una de aquellas santas austeras que las crónicas cristianas refieren.

Años más tarde, el 24 de Enero de 1877, contrajo segundas nupcias con el Sr. Joaquín María Velasco pariente cercano suyo, caballero honrado y digno, de antecedentes sin tacha, instruido, de temperamento poético é hijo de uno de los beneméritos de las letras ecuatorianas, Sr. Dr. D. Joaquín Velasco Cobo.

A riesgo de engolfarnos en una digresión, permitasenos, ya que la ocasión se presenta propicia, el decir unas cuatro palabras acerca de este poeta ecuatoriano.

El Sr. Joaquín Velasco se distinguió por una asombrosa facilidad para versificar y por un ingenio especial para la sátira y el chiste. Sus poesías son modelo en ese género literario. Por desgracia, todas ó casi todas se conservan inéditas. La Antología Ecuatoriana dió á conocer solamente dos de ellas. Si sus hijos, que tienen posibilidad de hacerlo, se resolvieran publicar las muchísimas composiciones que dejó el Dr. Joaquín Velasco, conseguirían doble objeto: darían lustre á la Literatura patria y reivindicarían, para una persona que tan de cerca les pertenece, el codiciado honor de ser acaso el primer poeta jocoso del Ecuador.

Entremos de nuevo en materia. En su segundo matrimonio, la dicha le fue más duradera. Su esposo supo comprender las virtudes que encerraba su pecho y en él encontró un compañero, un auxilio eficaz para todas aquellas obras de caridad que practicó en el curso de su vida. Por eso, por esa cordialidad mutua y sincera, fue tan fecunda en buenas acciones su existencia y dejó tantos corazones agradecidos.

Tres eran las principales virtudes en que la Sra. Amelia Rebolledo se mostró digna y ejemplar, como esposa y madre de familia: la caridad, la vigilancia y la modestia.

Hizo siempre propios los ajenos dolores; no supo jamás un dolor, una necesidad, sin que al punto acudiera solícita á socorrerlos. Hay muchas familias que le son deudas de su porvenir; hay familias enteras que se libertaron de la desgracia merced á sus oportunos y cuantiosos donativos; hay miles de corazones que ingresaron en el camino del bien, gracias á sus pacientes y perseverantes socorros.

Su vigilancia se extendía á todo: era como la Providencia personificada que atiende al pobre y al desvalido, con la misma solicitud maternal con que acude en defensa del grande y poderoso. No hacía distinción de personas. La aristocracia de la sangre y del dinero no tenían para ella títulos de preferencia si no iban acompañadas del amor al trabajo y de la rectitud del corazón: de ahí que siempre mayor consideración le debieron los artesanos honrados y laboriosos que los ricos sin méritos y holgazanes. Esa su vigilancia hacía que se multiplicase para aliviar toda necesidad y que descubriese toda indigencia, por remota que se hallare ó por escondida que estuviere. Nada y nadie escapó á la acción suave y severa, á la vez, de su maternal cuidado. ¡Cuántos males se evitaron por ese celo y cuántos otros se ahogaron en su cuna! Bendita sea la que así sacrificó su tranquilidad, su bienestar, su calma, por atender al prójimo y cumplir con sus deberes de esposa!

¿Y su modestia? Como la violeta, símbolo de esa virtud, quiso siempre permanecer oculta é ignorada. Sus caridades no las sabían ni aun los de la propia casa, ni aun sus más allegados. Supo poner en práctica el dicho evangélico de que la mano izquierda no sepa el beneficio que hace la derecha. Para no herir el amor propio de nadie recurría á ingeniosos medios, que le permitían permanecer oculta y realizar el bien. Cuántos de esos hermosos rasgos pudiéramos citar aquí si no creyéramos que para referirlos, siquiera en compendio, se haría necesario escribir un voluminoso libro! Cuántos de esos episodios servirían de saludable lección para los que, en esta época menguada, se empeñan en que cada hecho suyo sea pregonado á los cuatro vientos por la parlera trompa de la Fama!

Como á la violeta, le denunció el perfume, el perfume de sus méritos. Los hombres más eminentes que abrigaba la capital fueron sus amigos, se complacieron en estampar sus autógrafas en su *Album*, y hasta se vieron obligados á pedirle consejo y escuchar su autorizada voz, en más de una ocasión, porque la Señora Amelia Rebolledo tenía una memoria privile-

giada y una inteligencia perspicaz y bien cultivada.

Cuando murió pudo adivinarse todo el bien que hiciera: los ojos, cuyas lágrimas ella había secado, volvieron á anegarse en llanto, en un llanto inconsolable, porque desapareció para siempre la única que sabía deveras enjugarlo.

Un año ha transcurrido desde el día de su muerte! Un año! Mas, para los que la conocieron no ha pasado ni un día, pues la recuerdan y la sienten como si fuera ayer no más el infausto momento en que se dejó oír esta voz: "La Señora Amelia Rebolledo ha muerto!"

Su memoria, ahora más querida que nunca, durará siempre, porque, con justa razón, dijo alguien, que la muerte, en ciertos casos, es el principio de la inmortalidad.

Un amigo.



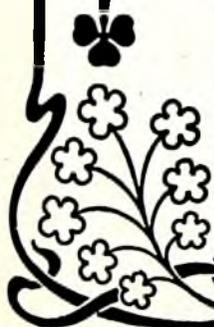


II

DEL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA

AMELIA REBOLLEDO DE VELASCO



Tu as le paradis dans ton cœur.
Tú tienes el paraíso en tu corazón.

VICTOR HUGO.

Y a el sol se oculta; de la reina umbría
Se sacude al espacio el pabellón:
Huid vibrante claridad del día,
Mi luz las sombras de la tarde son.

Yo las amo, talvez porque ellas me aman;
Yo las busco en su seno á meditar;
Ellas un dulce bálsamo derraman
Sobre mi alma su angustia á moderar.

Y á los callados bosquecillos, lejos
De tumulto de gentes quiero huir,
Escuchar del silencio los consejos,
Y libre quiero mi dolor gemir!

Sombras, del monte descended, es la hora
Vespertina, que al mundo velaréis:
Bajo este sauce que en silencio llora,
Donde siempre os espero, me hallaréis.

Mirad, las auras cariñosas dando
Mágicos besos á la flor dormida;
Mirad, la triste tórtola llorando
Su dolor en el árbol escondida.

Luego, la luna al horizonte hermoso
Melancólica face mostrará,
Y el rayo triste de lucir dudoso
Destilando, la esfera montará:

Las aereas magas de encantado aliento
Sus misterios á obrar se han de esparcir;
Y los silfios cruzando el firmamento,
Leves alas batiendo han de venir:

En tanto el vago susurrar de calma
Brisa, que gime con callado son,
Quiere del cáliz paladear mi alma
De belleza, de amor, de inspiración;

Que el llorar, el querer y la inocencia
De constante beldad he de decir;
Pero, ay! la pena de importuna ausencia
Tengo triste también de referir!

¡Genios que en torno de la virgen pura,
Cuando duerme en silencio revolais,
Y en cada vez que aspira, una locura
A su alma tierna una ilusión mandáis,

Decid, al blando sueño si rendida
Descansa Amelia el fatigado ser,
De sus hermosos ojos desprendida
Veis una ardiente lágrima correr?

Veis que se agita y tiembla y que suspira
Y acaricia su mano una visión . . . ?
Si curiosos estais porque delira,
Preguntadla conmigo al corazón:

¿Verdad que el hombre, Amelia, en su ignorancia,
Yendo la vida entre aromadas flores,
Sin fantasmas, sin sombras, sin temores,
Bebe la copa del presente bien;
Y el corazón en la jornada hermosa
Súbito estremecido le palpita,
Y no sabe infelice si le agita
Una furia ó un ángel del Edén?

¿Verdad que abriga nuestro seno oculto
Fuego que el hombre con su ser recibe,
Y en lo profundo de su pecho vive
Preparando y nutriendo el corazón?
Y si revienta enfurecido luego
De la inocencia el bienestar devora,
Y su llama creciendo abrasadora
No ilumina, mas ciega la razón?

¿Verdad que intenso padecer sentimos
Luchando con inquietos devaneos,
Y el volcán creador de los deseos
Es un tormento, es un penar sin fin?
Pero verdad también que indefinibles
Arrobamientos nuestro seno inundan,
Y divinos transportes que fecundan
Dicha quizás ignota al serafín?

Ah! yo lo sé . . . quizá una vez . . . ! lo sé . . .
Corona augusta del nevado monte
Vacilando la luna al horizonte
Me vio gozar mi pasajero amor!
En las calladas sombras de la noche
Busca el hombre la dicha que requiere;
Ella en las sombras del silencio muere;
Vino la luz y su ventura huyó!

Y tú también.... Amelia, tú.... lo sabes;
Porque también tu corazón delira,
Porque palpita asaz, porque suspira
Con los engendros de inocente amor;
Mas con su suave tinte la pureza
Sella en tu frente cándida hermosura,
Que nunca mancha se extendiera oscura
Sobre face del ángel del Señor!

Y lloras sólo de ternura, nunca
Remordimientos infelices lloras;
Y tus lágrimas-oye-abrasadoras
Sabes á donde pasan á brillar?
En esas tristes noches misteriosas,
Cuando los genios vagan inocentes,
Sal á la luna y las verás lucientes
En la melena de un querub fugaz.—

¡Horóscopo feliz que te revela
Que el llanto del amor de la hermosura
Nunca se pierde! y en igual ternura,
Lejos, allá.... le verterán por tí.
Cuando en la tarde con las áureas flores
Melancólicas brisas se entretienen,
Escucha atenta! que en sus alas vienen
Blandos suspiros de mortal gemir:

De lo intenso del pecho desvalido
Del más tierno amador son exhalados!
No temas por la ausencia vaporados
Ver tus ensueños.... tus delirios.... nó!
Que no el rocío matinal que cae
Sobre el abierto crátero profundo
Del volcán apagar puede iracundo
Fuego que ardiendo sin cesar creció!

Espera, pues, que la esperanza es bella!
Y aunque pálida estés y angustiada
Como la esbelta solitaria rosa
Que furioso batiera el aquilón,
Quizá en idea del amor tú sientes
En tu seno una fuente de alegría,
Y el paraíso habitar tu fantasía,
Y el paraíso también tu corazón!

— — —
Así es la estrella cuyo seno agita
Fiel secreto tal vez que en él existe,
Y allá en la cumbre de los Cielos triste,
Medio velada en el azul palpita.

Noviembre 30 de 1854.

Juan Montalvo.

LA estrella solitaria, que aparece entre las oscuras sombras de la noche para anunciar la aparición de un nuevo sol, ha sido siempre saludada por esos melancólicos cantares que van presididos por el sublime canto del ruiseñor.

Tú los habrás oído, si acaso tus ojos bellos han sido heridos por la claridad de esa estrella; pero tú no la habrás saludado con las tiernas modulaciones de tu voz. Habrás permanecido contemplándola en silencio, sintiendo resonar en tus oídos la armonía de aquellos cantares, armonía que despierta el recuerdo de los placeres perdidos, y que hace nacer en el fondo del corazón una esperanza consolatoria que resume todo un porvenir de felicidad y de ventura.

Este porvenir está contigo: por eso, el que te contempla de cerca cree ver en tí la estrella solitaria de la noche. Tu mirada es la luz, y tu pupila el foco de aquella luz encantadora.

Quisiera que la claridad difundida por tus ojos disipe los amargos sufrimientos de la vida, que son otras tantas sombras que vienen á formar la oscura noche de mi corazón.

Brillas en el cenit de tu belleza, y continuarás brillando mucho tiempo, hasta sumergirte espléndida en tu ocaso.

Sigue derramando tu luz, que ella guiará la mano que grave en tu ALBUM los atractivos de la pintura. Difunde tus resplandores, que ellos enardecerán los concetos de la poesía. El pintor retratará tu hermosura y el poeta cantará tus virtudes.

Francisco Gómez de la Torre.

Quito, 4 de Diciembre de 1854.

LA VERDAD

No es ilusión la dicha de los muertos.

Nicomedes Pastor Diaz.

No escuches los cantares del poeta
Que puede ajar la flor de tu hermosura:
Si él escuchó la funeral trompeta,
Su voz será de funeral tristura.

Cuando ama, canta, y en su canto eleva
Su dicha y gloria á la región sublime,
Es porque los absintios aun no prueba
De la austera verdad: ¿después?.... él gime.

Escucha tú la voz de la inocencia
Que amarga realidad no ha inficionado;
De allí fluirá con lánguida cadencia
Esa voz que nos da sueño dorado.

Mas si una vez el bardo ha recibido
El ambiente de negra sepultura,
Separa de él tu virginal oído.
El puede ajar la flor de tu hermosura.

Una vez en la vida, un solo instante,
La fría realidad levanta el velo,
Y permite mirar en su semblante
Lo que es el hombre en la aridez del suelo.

Basta ese instante para abrir la senda
De un futuro sin fin desesperado;
Basta para arrancar la inútil venda
Y dejar todo encanto evaporado.

Ese instante terrible desvanece
La dicha aérea de la edad florida:
Con lo aéreo el vivir desaparece,
Que al cesar la ilusión cesa la vida.

Esa revelación, ese momento
Dejan por siempre el corazón helado,
Porque queda sin lumbre el firmamento
Y el fuego encantador yace apagado.

Yo vi la realidad, y era un difunto;
Su oráculo escuché, y él me decía:
"Aquí está de las dichas el conjunto",
Y su dedo mostró la tumba fría.

Esta fue la verdad, verdad solemne
En que se gozan los sentidos yertos:
Esa es de dicha el manantial perenne,
"No es ilusión la dicha de los muertos".

Allí perdió su brillantez la tierra:
Se apagó toda luz ante mis ojos:
Ay! desde entonces la memoria encierra
Un abismo de escombros y despojos.

No es ilusión el ver desvanecidos
Perderse allá del mundo en lontananza
Los placeres que ansiaban los sentidos
Y mostraban de lejos la esperanza.

Esta es ¡oh Dios! la dicha soberana
Que con su risa amarga de ironía
Muestra que es siempre la esperanza vana
Y deja en desnudez la fantasía.

Esta dicha es eterna, nunca muere;
Oh! nunca muere lo que inerte yace,
Pero su aspecto aterra, aflige, hiere,
Y tan solo á los muertos satisface.

El que ha tocado la verdad funesta,
Y se siente á la tumba encadenado,
Al bello mundo con su voz infesta
Cuando intenta cantarlo entusiasmado.

¡Ojalá que un gran muro separara
La muerte de la vida eternamente,
Y el cantor de la muerte no turbara
La quietud del vivir con voz doliente!

Entonce hubiera una mansión sombría,
Cobijada de sauces y cipreses,
Allí el bardo su voz elevaría
Apurando el dolor hasta las heces;

Y hubiera otra morada deliciosa,
De fragancias, de luz y de frescura,
Donde alegre, tranquila, vagarosa,
Discurriera por siempre la hermosura.

Y siempre viera la serena fuente
El azul de los cielos reflejando,
Y cascadas salir de su pendiente
Y tornarse en arroyos murmurando.

Allí un himno entusiasta, ardiente, inmenso,
Inspiraran al alma los amores,
Y á lo alto, como el humo del incienso,
Elevaran su voz los trovadores.

Allí moraras tú, si fuera dado
Hacer por siempre á la beldad dichosa;
Pero habitas un suelo malhadado
Y te alcanza su bruma cenagosa.

En vez de las armónicas canciones
Que el bardo en esas playas te cantara,
Escuchas ¡ay! los destemplados sonos
Que el laúd funeral sólo exhalara.

Tú que aun no llegas al letal sosiego
Que entre las tumbas el despecho alcanza,
No busques la verdad: aviva el fuego
Que alimenta ferviente la esperanza.

Si las linfas mentidas del Leteo
Produjeran el sueño del olvido,
Con ellas renaciera el devaneo
Y la dulce ilusión que hemos perdido.

Bebiera de ellas y cantara ufano
El poeta ostentando su poder:
Fuera para él lo bello el soberano,
Su dicha el mundo, el todo la mujer.

No buscara la dicha desolada
Que con burla le ofrece la experiencia:
No viera que su dicha está en la nada
Y amara alegremente una apariencia.

Mas si víctima ya de su memoria
Vive asido á la triste realidad,
De lo bello no ve sino la escoria
Y mira con tristeza á la beldad.

Si una virgen radiando en su alborada
Enciende el fuego, y con candor lo atiza,
Produce una instantánea llamarada
Que deja al corazón sólo ceniza.

Algún instante ofúscase la mente,
Se expande y se deleita en cuanto mira,
Mas vuelve á su sepulcro derrepente
Y ese aliento terrífico respira.

Ya su dicha no es dicha del que vive,
Es el triste sosiego de un osario,
Que ni infunde placer, ni lo recibe,
Y descansa en el mundo solitario.



¿Por qué tu vida deliciosa y pura
Que embriaga dulcemente al que te mira
Ha de absorber de hueca sepultura
El aliento mortal que allí se aspira?

No escuches los cantares del poeta
Que puede ajar la flor de tu hermosura;
Si él escuchó la funeral trompeta,
Su voz será de funeral tristura.

Quito, á 22 de Diciembre de 1854.

Miguel Riofrío.



No envidies, no, las ostentosas galas
de la falsa beldad su vano brillo;
tú brillas con adorno más sencillo,
pues que te adorna el virginal pudor.
Tu más dulce atractivo es la inocencia
que se revela en tu mirada pura,
y aquella vaga y plácida hermosura
que sólo dan la gracia y el candor.

La beldad sin la gracia, es beldad fría,
su faz queda desierta, sin encantos,
sus sonrisas no tienen ambrosía,
no hechizan sus miradas sin fulgor.

La gracia en la beldad es como el cielo
en el diáfano seno de la fuente,
como la luz en el fanal fulgente,
ó el aroma en el cáliz de la flor.

7 de Marzo de 1855.

Julio Zaldumbide.



A AMELIA

PARA SU ALBUM

I

Y o contemplaba del firmamento
Los astros bellos, las blancas nubes,
Y en mis instantes de arrobamiento
La voz oía de los querubés;

Mas vino luego
Cual peregrina
La voz divina
De la amistad,
Y con su fuego
Que anima al hombre
Díjome á nombre
De una beldad:

“Bardo que al margen de Ambato moras
Y al par que cantas Naturaleza
Las gracias puras ferviente adoras
De las virtudes y la belleza,

Haz que el canto armonioso
Que ardiente exhalas
Llegue á Pichincha umbroso
Del viento en alas,
Y haz que tu glosa
En el libro se estampe
De Amelia hermosa.”

II

Mas tú quién eres, Amelia bella,
De quien te canta desconocida?
Eres del cielo Querub ó Estrella
Flor del Paraíso, Genio de vida?

Mis ojos ávidos
De la hermosura
Tu donosura
No han visto, no;

Ni de tu angélica
Voz el acento
Mi oído atento
Jamás hirió.

Pero tu nombre sólo me inspira
Y esto me basta para cantar,
Aunque no pueda mi humilde lira
De otros cantores ir á la par.

Aunque sus voces queden
Vagas y oscuras,
Porque llegar no pueden
A las alturas
A do llegaron
De otras liras las voces
Que te ensalzaron.

Glosa

Seas quien fueres, Amelia hermosa,
Querub divino de los amores,
Astro de puros vivos fulgores,
Flor del Paraíso siempre olorosa,
También soy uno de tus cantores.

Seas quien fueres, Amelia hermosa,
Tú sois la magia del corazón,
Pues tú me envías la inspiración;
Por eso humilde te doy mi glosa
Como tributo de adoración.

Querub divino de los amores,
Tú que las almas tiernas cautivas,
Jamás la copa de los dolores
Vierta en tu pecho sus sinsabores,
Su mal influjo nunca recibas.

Astro de puros vivos fulgores,
Tú que has dejado tu azul asiento
Y has descendido del firmamento,
Jamás te falten adoradores,
Jamás te insulte bruma ni viento.

Flor del Paraíso siempre olorosa,
Fresca y lozana, pura, hechicera,
Las dulces auras de Primavera
Siempre te halaguen;—nunca enojosa
Del Can la lumbre cruda te hiera.

También soy uno de tus cantores;
Y si mis versos, quiteña hermosa,
Merecen premio de tus favores,
Será el más grato si esta mi glosa
Cabe de tu ALBUM entre las flores.

Atocha, á 20 de Mayo de 1855.

Juan León Mera

A MI AMIGA Y PARIENTE

SEÑORA DOÑA

Amelia Rebolledo

QUIERO pintar á una gentil belleza,
Mas se resiste débil mi pincel:
¿Cómo copiar las delicadas rosas
Y el purísimo tinte del clavel?

¿Cómo el blondo cabello que parece
El encendido brillo desafiar
De las nubes doradas que en Oriente
Se dejan ver en el confín del mar?

¿Y aquella tersa frente que en su rostro
Resplandece cual nítido jazmín
Cuando al romper la aurora más realzan
Las florecidas galas de un jardín?

¿Y esas cejas finísimas que aumentan
Los encantos y gracias de la faz,
Duplicando el fulgor de aquellas luces
Que en sus azules ojos forma un haz?

¿Cómo copiar aquel candor de su alma,
Ni aquella dulce y plácida quietud
Que reina en sus facciones virginales
Como reflejo de su gran virtud?

Nó! que pintar su imagen hechicera
Sólo pudiera el genio de Rafael;
No es para mí este imposible hermoso
Y resiste cobarde mi pincel.

Joaquín María Velasco.

1876.

PARA EL ALBUM
DE
Amelia Rebolledo de Velasco

Y el mundo con su magia y galanura
es espejo no más de tu hermosura.

ESPRONCEDÁ.

FEL genio del Bardo que el vuelo remonta,
y brilla cual astro que se alza al cenit;
su voz que armoniosa supera en valía
al oro y diamantes que guarda el Brasil:

La flor peregrina de tierra remota
que ostenta sus galas en medio el jardín,
y todas las flores, depuesta la envidia,
la aclaman cual reina del rico pensil:

La nube encendida que al caer de la tarde
matiza el poniente con oro y rubi,
espléndida gasa que vela los rayos
y roba la lumbre del sol al morir:

La palma gigante que al margen del Guayas
su excelsa corona meciendo feliz,
contempla las olas que besan humildes
su planta y se quedan dormidas allí:

Me encantan; y hoy siento fantástico anhelo
y ardientes deseos de magia sutil;
hiciérais trono, paisajes y cielo
de tu ALBUM do brillen en su aire gentil.

Mas en vano
nada iguala
ni la gala
de la flor;

De la palma
la belleza,
su grandeza,
y majestad

De la nube
de Occidente
ni el fulgente
tornasol

Ni del Bardo
la dulzura
su voz pura
angelical.

.....

No, para tu ALBUM no quiero
ningún mágico aparato,
nada, ni del mundo entero
sino tu solo retrato.

Joaquín Velasco.

1878.



SONETO

Vos, Señora, quiero dirigirte
Mi débil, mi primera inspiración,
Ella aspira cantar tu perfección,
Lo único que pretende es bendecirte.
Y si he sido feliz en elegirte,
Y mostrarte mi fe y admiración,
Aro ser de virtud y abnegación
Es á donde he querido conducirte.
Bello ideal de la mujer querida,
Objeto sin igual de simpatía,
Levas en tí, divina caridad;
Escuchad, pues la voz enternécida
Del alma que pretende sin falsía,
Ofrecerte su amor y su amistad.

Quito, Junio 24 de 1879.

R. Endara.



A AMELIA

PERMITE que mi mano, amiga mía,
Temblando de placer y de emoción,
De tu ALBUM en las hojas grave hoy día
Lo que dicta tan sólo el corazón. •

De una mujer al pronunciar el nombre,
¿Quién no siente una lágrima correr;
Si la esperanza es ella que ve el hombre
En su espinosa senda aparecer?

Para cantar á las mujeres bellas
Es, Amelia, preciso el escribir
Con letreros de nubes y de estrellas
En el cristal del cielo de zafir;

Es preciso llevar dentro del pecho
El germen de ese espíritu creador
Que allá en el corazón arder ha hecho
El primer beso del primer amor.

.....

Necio de mí.... Mi corazón delira
Cuando quiere tus gracias ensalzar
Con la doliente y destrozada lira
Que tan sólo el dolor hace vibrar.

No quiero entre tu libro delicado,
De flores del amor rico pensil,
Do se aspira el aroma regalado
Que derraman las brisas del abril,

Dejar las mías sin beldad ni olores
Que de la noche el hálito entreabrió;
No deben adornar tan tristes flores
De una mujer el bello libro, nó.

Tu sueñas con fantásticas visiones,
Que cruzan el espacio á tu redor,
Y escuchas solamente las canciones
De la lira del ángel del amor.

Mis cantares son ecos de amargura,
Que hacen el corazón estremecer,
No tienen de esperanza la dulzura
Ni exhalan vibraciones de placer.

Si tengo tristes flores solamente
Para las hojas de tu libro ornar,
Y si mis cantos son la voz doliente
De un dormido recuerdo al despertar:

Si en mis versos sin numen, sin aliño,
Nada, Amelia, te doy, nada en verdad;
Sólo admite la voz de mi cariño
Y la modesta flor de mi amistad.

Leonidas Pallares Arteta

Quito, 3 de Marzo de 1881.



Tout nait, tout passe, tout arrive
Au terme ignoré de son sort:
A l'océan l'onde plaintive
Aux vents la feuille fugitive
L'aurore au soir, l'homme á la mort.

Lamartine.

LA página de tu ALBUM
Ay! dulce Amelia mía,
Bañada del mismo azul
Que matizara algún día .
El cielo de nuestra infancia,
El cielo de nuestra vida,
Hoy mil recuerdos me envía
De esa edad lisonjera
En que el mundo todo era
Inocente como vos;
De esa edad tan querida
Que sólo mostró á los ojos
Campos de luz sin abrojos
Y los ríos cristalinos;
De esa edad en que fuimos
Del juego el embeleso
Do sin privación, sin tropieso,
Corríamos al placer
Para nunca suspender
Esas horas de alegría;
De esa edad que ha pasado
Con sus goces y candor;
De esa edad cuyo rumor
Me viene ahora á despertar
Para hacerme suspirar
En la ciudad, en la vega,
Porque tan amarga llega
La memoria de esa vida
Que al recordarla perdida
Imposible es no llorar.

José María Lasso.

Quito, Diciembre 18 de 1889.

EN EL CUMPLEAÑOS

DE LA

Sra. Dña. Dolores Amelia R. de Velasco

En el día en que viste la luz primera, la Naturaleza desplegó todas sus galas.

El aire oxigenado que nos nutre, proclamaba entre las flores que serías tú la más preciosa de las que iban á ornar el histórico suelo del Pichincha.

El agua bullidora, que con su límpido raudal es el emblema de tus puros y delicados sentimientos, anunciaba ya la filantropía de tus nobles acciones.

Modesta entre los favores de la fortuna, y al esplendor de tu progenie, siempre fuiste, y sois, el sostén de la indigencia y el ángel tutelar de los que se han abrigado bajo tu techo.

Hoy que celebro tu natal, recibe estas expresiones humildes y sinceras como el testimonio de mi eterna gratitud.

Si formaste mi corazón para el bien, él ha producido esta flor que proclama tus virtudes y que jamás se marchitará en mi pecho.

Inés Jaramillo.

Quito, Marzo 24 de 1899

A Dolores Amelia

EN SU CUMPLEAÑOS

TE conozco sensible á los pesares,
Mas es justo que no llores desengaños,
Cuando hoy día las flores y cantares
Que te envío os dirán: «felices años!»

¿Quieres oír, oh mujer idolatrada,
Cuál es mi tierno y fervoroso anhelo?:
Que brille tu virtud inmaculada
Como estrella que alumbrá mar y cielo.

Tú has sido para mí querub divino
Que bendices las horas de la vida;
Del que sufre al rigor de su destino
Tú cicatrizas la profunda herida.

Como ha sido tan bello tu pasado
Yo quisiera que fuese el porvenir,
Y que un ángel encuentres á tu lado
Siempre, siempre hasta la hora de morir.

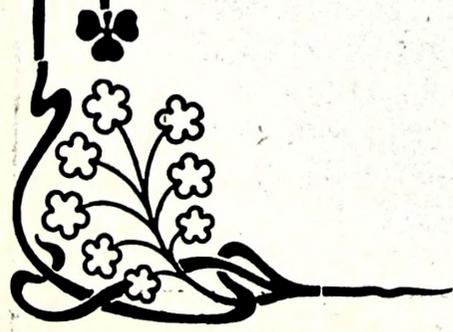
Joaquín María Velasco.

1905.



III

EN EL PRIMER ANIVERSARIO



In Memoriam

COMO el meteoro fugaz que brilla un instante y desaparece luego refundiéndose para siempre en la materia cósmica, infinita, así es la vida del hombre.

Su fúlgida brillantez al desaparecer, deja aun el rastro áureo, la estela luminosa que señala el camino recorrido por él; también la existencia humana deja su estela, el recuerdo

Más allá, está el misterio, lo vedado, lo que es tema de perennes especulaciones, de hipótesis absurdas para el pobre indagador, perplejo ante el arcano pavoroso de la muerte. . . .

¿Quién eras? cómo eras Amelia? por ver de conocerte he abierto el album primoroso en cuya riquísima pasta campean en primavera perpetua, destacándose de su fondo negro, los vívidos colores de las fucsias y de la rosa gentil, irisadas con los tonos risueños, delicadísimos del nácar virginal, que aun parece que conservara la frescura húmeda que le prestó en otro tiempo la onda salobre de algún mar. ¿De cuál? Quién puede saberlo?

En esa madreperla ¿durmieron, al arrullo de las olas, blancas margaritas? Seguramente sí.

¿Cuántas veces tus ojos contemplarían satisfechos estas bellas incrustaciones, este ataraceado espléndido, que ahora, contemplan los mios, entornándose luego para perderse en vagos, misteriosos, ultraterrenos ensueños.

Tu libro donde encerraste afanosa tus ilusiones de niña, conserva su prístina hermosu-

ra: ha envejecido muy poco; sus rosas abrileñas de cáliz palpitante y encendido, están aún en primavera, y tú?

Has caído como la espiga madura, que siega compasiva la hoz del cosechero, cuando ya está en sazón y corre peligro de agostarse.

¿Cómo fue tu vida, Amelia?

De niña te convertistes en mujer y si antes hollastes flores, traviesa y juvenil, después, ibas sembrando en tu camino la simiente del bien á manos llenas.

Así lo cuentan los que te conocieron y trataron de cerca, aquellos, á quienes, les diste tu cariño; aquellos, que hallaron en tu regazo el santo calor maternal, sin haber nacido de ti, toda bondad, benevolencia y ternura.

He abierto las páginas de tu ALBUM, y al encontrar allí nombres inmortales, me he cohibido de respeto por ellos y por tí....

Las ofrendas encerradas en ese libro, que ha venido á ser urna cineraria donde se guarda intacto el perfume de tu Mayo gentil, de tu inocente juventud, causan misterioso respeto.

He temblado al posar mis ojos en ellas; me he estremecido al abrir esas tapas negras, severas en su rico matiz de eflorescencia primaveral, como si profanara abriéndolo, el ataúd pequeñín de un parvulito sin que su madre lo supiera.

Mis ojos iban á buscar allí los misterios inocentes de tu existencia terrena, mientras tu cuerpo se disgrega á solas en el fondo de una tumba.

¿Encontré lo que buscaba? No.... Anduve entre la espesura de aquellos fragantes arbustos, de aquellas plantas balsámicas y florecidas, que plantaron seres que como tú no existen ya, sin encontrar el camino de tu vida de holocausto en aras de la caridad y del deber.

Vi las arcadas esbeltas, los ventanales ornados de madreselvas y convólculos gentiles, pero....no entré en el alcázar.

No era en ese libro, no, donde podía leer tu historia; en otro la leí.

Junto á la piedad que ampara, nace la gratitud, que es culto en las almas nobles.

En un corazón agradecido, en un corazón amante deletreé, sílaba á sílaba, tu sencilla historia.

En ese libro rojo están escritas con buril de amor las páginas immaculadas de tu existencia, de tu abnegación sin límites, de tu ingénita bondad.

En él hallé la estela de tu paso por el mundo sacerdotisa de un templo augusto, del hogar.

Ese libro rojo y palpitante, es el corazón de tu Ricardo; él es el ara donde se oficia á tu santa memoria con rito de veneración y de cariño.

Atravesaste la senda de la vida cumpliendo tus deberes; la muerte inexorable cortó tu benéfica existencia como el segador la espiga rubia!

¡Descansa en paz, Amelia! y caigan sobre el sepulcro que te guarda, las lágrimas de los tuyos y las rosas tempraneras que en tu risueño Mayo echaron á tus pies los poetas inmortales.

¡Descansa en paz, Amelia!

Zoila Ugarte de Landívar

Quito, Julio 13 de 1910.



Justo es que lllore, Ricardo, á su recuerdo; y que, al descorrer los crespones de su loza sepulcral, deje constancia de que aun subsiste el sentimiento, de que aun palpitan corazones agradecidos que, en medio de este positivismo corruptor y absorbente, que ha hecho naufragar casi todos los sentimientos nobles, Ud. dedica siquiera unos instantes de su vida — quizás los únicos que puede sustraer á este febril afanarse por ganar el pan, — para bendecir á quien supo estimularle en el trabajo y encauzarle hacia el cumplimiento severo del deber.

Ojalá que este recuerdo no se borre jamás de su memoria; y que unido al nombre de quien fué Doña Amelia Rebolledo de Velasco, sea el escudo que le preserve y le estimule para no decaer en los principios de honradez y de virtud que esta santa señora supo inculcarle.

De Ud. afmo. amigo y S. S.

Carlos E. Moncayo.





EN LA MUERTE DE MI ESPOSA

DOLORES AMELIA

Moriste! Para mí ningún consuelo
Puede haber en el mundo ni ilusión;
Aunque digan que te hallas en el cielo....
Ay! siento que se parte el corazón!

Sólo abrigo la fúlgida esperanza
De verte allá ¡oh ángel de bondad!
Y ante esa nueva unión en lontananza
Renacen dicha, amor, felicidad.....

Me dijiste al morir: «Hijo de mi alma,
Por la fe yo confío en que algún día
Coronando tus triunfos con la palma
Me hallarás donde eterna es la alegría....

«No será eterna entre los dos la ausencia....
Te ruego que resistas al dolor.....
Dios puede con su grande omnipotencia
Conducirte de nuevo hasta mi amor....»

Más ya quiero que termine mi tormento
Que se cierren mis ojos á la luz
Que se acabe mi acerbo sufrimiento
Y nos cubra á los dos la misma Cruz

Joaquín María Velasco.

Quito, Julio 20 de 1909.